

Ramón J. Velásquez  
José Vicente Abreu

A 30 AÑOS DEL ASESINATO DE  
**LEONARDO RUIZ PINEDA**  
y DE LA PUBLICACION DEL  
**LIBRO NEGRO**

Octubre 1952-1982

**987.0632092**

**V434**

**E. 2**



EDICION-HOMENAJE DE JOSE AGUSTIN CATALA AL JEFE DE LA  
RESISTENCIA CONTRA LA DICTADURA DE PEREZ JIMENEZ.

© Ediciones CENTAURO  
Deposito Legal: Lf-82-1.274  
Caracas/Venezuela/1982.

CAG 3204

987.063.2092

Ramón J. Velásquez  
José Vicente Abreu

V434  
c. 2

A 30 AÑOS DEL ASESINATO DE  
**LEONARDO RUIZ PINEDA**  
y DE LA PUBLICACION DEL  
**LIBRO NEGRO**

Octubre 1952-1982

EDICION-HOMENAJE DE JOSE AGUSTIN CATALA AL JEFE DE LA  
RESISTENCIA CONTRA LA DICTADURA DE PEREZ JIMENEZ

**BIBLIOTECA NACIONAL  
CARACAS - VENEZUELA**

**LEONARDO RUIZ PINEDA**

Por **RAMON J. VELASQUEZ**



Para huir de la muerte que lo perseguía y para olvidar la terrible amenaza que como una sombra lamía sus huellas, Leonardo regresaba siempre a los recuerdos de su infancia parroquial. En los días más duros de la persecución sin cuartel, olvidaba por instantes la redacción de sus informes y el despacho de su fabulosa correspondencia para volver —memoria y emoción— hacia los días perdidos y las gentes ya borrosas en la distancia. Como en el mito antiquísimo parecía recobrar en su viaje imaginario hasta la tierra matriz, fortaleza para la lucha desigual y tremenda.

### EL PRIMER ESCENARIO

Su charla fluida, simple y brillante como río parameño iba evocando con amorosos detalles, el mundo de su amanecer. Contaba Leonardo, la historia del padre trabajador

y de la madre abnegada, y del maestro y del amigo. Y el monólogo se convertía en gran escenario en el que se movían ante el oyente, como resucitados, aquellos seres. Se borraba la angustia de la delación posible y de la persecución constante y surgía una región invulnerable a las acechanzas homicidas: el universo de la infancia.

Explicaba entonces su vocación de lucha y su fe en la libertad por el clima que rodeó su niñez. En medio de la mortal parálisis del Táchira sometido al dominio inexorable de Eustoquio Gómez, Rubio, su pueblo, era distinto. Para el niño curioso e inquisidor, ya se planteaban oscuros interrogantes. En las casas se hablaba en voz muy baja de crímenes, asilados, perseguidos e invasores. En ocasiones, la conversación familiar pintaba el paisaje de otras tierras en donde la vida transcurría sin amenazas.

Muchas veces la tertulia guardaba silencio para escuchar devotamente la lectura de los debates parlamentarios que traían los periódicos de Bogotá, en donde la voz de los tribunos hacía brillar la elocuencia de las tesis contrapuestas. Entonces el niño se preguntaba: ¿Por qué aquí no se puede hablar?, ¿por qué aquí se vive bajo el temor? A obtener la respuesta a estas preguntas de niño, dedicó Leonardo toda su vida.

## EL POETA LLEGA AL COLEGIO

Yo lo vi llegar, adolescente, al colegio de la capital provinciana. Traía la sonrisa que fue bandera de concordia en sus días de político combatiente. Y una melena nigérrima que le daba cierto aire bohemio. Hablaba de Rubén Darío, y Rufino Blanco Fombona y de Guillermo Valencia

ante un auditorio alelado, de inocentes muchachos pueblerinos. Entre sus textos de estudio, asomaba como contrabando peligroso, un libro de poemas. Y bien refundida en sus bolsillos, llevaba siempre una misteriosa libreta, en donde tomaba notas extrañas. Alguien descubrió el contenido de las páginas que el joven guardaba como documento sagrado: era su diario íntimo. El diario de un joven que interrogaba al destino y consignaba con tinta muy negra su protesta contra ciertas medidas escolares y malas definiciones pedagógicas. "El poeta" lo llamó uno de sus íntimos, como manera de distinguir y singularizar a quien siendo igual, era distinto, a quien mostraba una prematura seguridad de rumbo. Y no corrieron muchos días sin que el poeta se convirtiera en el consultor de adolescentes en trance de angustia, en compasivo secretario de cuantos no podían decir a tímidas colegialas su declaración de amor y en inquietante crítico de juveniles vanidades que ya en el recinto del colegio apestaban con su insolencia.

## LA AVENTURA VANGUARDISTA

El estudiante era brillante, pero su actitud no le granjeaba la simpatía de sus maestros. No era díscolo, pero sus respuestas estaban siempre fuera del molde de las repeticiones permitidas y luego sus interrogantes dejaban desnuda la ignorancia de quienes no teniendo vocación, ni formación, habían hecho de la enseñanza un medio para ganarse la vida.

Un día, en el periódico del colegio, publicó un poema y su leyenda creció como si una hazaña peligrosa hubiese

acometido el estudiante. Eran los días de los versos sin métrica, de la abolición de las consonancias por obra de la escuela vanguardista. Y para la formación clásica de sus maestros y el gusto adocenado del medio, romper con aquellas normas, alterar las leyes de la retórica y lanzarse a la aventura vanguardista tenía mucho de peligrosa irreverencia. A los comentarios que su audacia literaria provocaba respondía con su sonrisa que era toda una absolución.

### EL FORASTERO DEL MENSAJE

Por aquellos días llegó a la ciudad, un viajero singular. Flaco, de voz cantarina, de ojos como taladros, su figura estaba envuelta en un halo de misterio. Era todo un personaje galleguiano. Se parecía al hombre que en "El Forastero" llega al pueblo y pone a andar el reloj de la torre. El forastero de nuestro cuento, sin explicación, ni presentaciones, una tarde cualquiera congregó en torno suyo un auditorio de estudiantes y empezó a hablar de las cosas más extrañas: de literaturas desconocidas; de héroes, sabios y aventureros; de una revolución ocurrida en el año de 1917 en un lejano país, cerca del polo. Y matizaba su charla incontenible con referencias a los horrores de la dictadura gomecista y con la más curiosa recitación de los versos de la Mistral y de Pablo Neruda. Era un descubridor de mundos y un sembrador de inquietudes. Se llamaba Antonio Quintero García y había escrito cuentos maravillosos y amargos.

Leonardo, bebía las palabras del extraño andariego con la avidez del sediento. Su mundo había crecido como en un

sueño. Desde la lejanía, unos hombres, los personajes de las novelas de Gorki, los hombres de Ehrenburg, los aventureros de Istrati, le hacían señales. Había otra poesía, y otra prosa y otra política. Y también otra historia que avanzaba mucho más allá de las guerras napoleónicas, límite polar de sus conocimientos de entonces.

El estudiante ya resultaba incómodo para la vanidad y la próspera existencia de quienes desde las bancas colegiales cultivaban la delación y la mala fe como si se tratara de virtudes capitales. Y una tarde, Leonardo, el poeta adolescente, el inquieto interrogador, se encontró de regreso en su casa paterna, cuando apenas comenzaba a buscar el camino.

Los días pasaban entre la duda del padre y los graves silencios del hijo que sonreía ante la injusticia humana. Hasta que un día, en el diálogo que ocupa las monótonas horas muertas de los comercios parroquianos, la voz de un viejo amigo alentó al padre indeciso y abrió las puertas que esperaba su juventud prisionera. "Este muchacho tiene algo especial, don Víctor. No lo deje aquí".

Y pocos días después, Leonardo estrenaba sus pasos en las calles de una Caracas provinciana, alegre y resignada. La Caracas de las postrimerías gomecistas.

La ciudad se había conformado con ridiculizar a los déspotas y hacer gracejos de su dolor. En medio de aquel silencio quedaba bajo el signo de la risa, un sitio para la crítica y la esperanza. En la redacción de "Fantoques", en donde los versos de Job Pim, los cuentos de González Eiris y los dibujos de Leo eran traducción precisa de la

tragedia interminable, su ingenio, su riqueza verbal, su fina ironía encontraron hogar. Leonardo era el más joven de aquel grupo admirable que venía de todos los dolores y que, sin embargo, sabía reír. Era el más joven, pero muy pronto callaron los viejos, para oírlo. Lo interrogaban con interés y mostraban sorpresa y admiración ante sus juicios. Escribió versos que no publicó, escribió cuentos que dejó inéditos. Su espíritu crítico era exagerado. No está conforme con su obra. No tenía prisa en alcanzar fama. Y rompía originales, y tachaba párrafos y volvía a construir, con la constancia del labriego andino.

#### DICIEMBRE DE 1935

Diciembre de 1935. Muere el hombre que ya parecía eterno y el país recobra su voz y sus manos y sus pies, perdidos o paralizados como en una pesadilla. Las multitudes estrenan sus gritos y muestran en sus rostros el júbilo inocente de los niños que juegan con la pelota nueva. Van y vienen y se conforman con sembrar su odio en escaparates y espejos, porque ya los héroes de la malhechuría andan muy lejos. Leonardo vive aquellas horas con júbilo infinito. Organiza estudiantes, convoca asambleas, escribe para los primeros periódicos que van a conocer el calor de la libertad.

Y en una esquina de San Agustín, tiene su primera cita con su destino de caudillo popular. La multitud va a saquear una casa. Los niños lloran, las mujeres imploran de rodillas. Las turbas avanzan sobre la vivienda abandonada por los hombres culpables. Leonardo, que nunca había asistido a trances semejantes, habla a la multitud.

Y con sus palabras y con su sonrisa, entre persuasivo y dominante, con razones que llegan con igual intensidad a los ingenuos y a los prevenidos, logra convencer a los airados manifestantes que se marchan y perdonan a las oscuras implorantes.

Desde aquel instante hasta el fin, su biografía es el más elocuente testimonio de consecuencia con un ideal, de lealtad a unos principios, de fe en la verdad y en la bondad de la justicia y el derecho.

Abandona entonces la literatura para dedicar días y noches al estudio de las teorías políticas. Es lector voraz, estudiante sin sueño, ni reposo.

### TODOS CABEMOS SIN ESTORBO

Forma fila en el PDN, una de las organizaciones partidistas que empiezan a sembrarse en el rocoso suelo de la política venezolana. Y a su tierra regresa convertido en orador político y en candidato a la asamblea local. Su pueblo lo elige y sus primeras palabras de parlamentario son para pedir al Ejecutivo Nacional un decreto de amnistía política. El joven razona su pedimento: "No reclamo amnistía simplemente porque quienes sufren prisión y destierro sean mis compañeros. También lo haría si se tratara de otros venezolanos. Lo hago porque creo que ya es tiempo de dar término a las persecuciones entre hermanos y porque pienso que en el suelo de la patria, bajo nuestro cielo, cabemos sin estorbarnos, todos los venezolanos".

Las barras lo aplauden, los asambleístas callan, pero la sor-

dera de la mayoría no derrota al orador. Su fama va creciendo.

Cuando vuelva a su tierra nativa será figura de primera importancia en la región. Brillante organizador de su partido "Acción Democrática"; orador convincente, agudo en el ataque y pulcro en el estilo; periodista, catedrático, pero ante todo, persuasivo político, capaz de domar ariscos personajes y de encender en unas voluntades el fuego de la pasión partidista y de sembrar en otros, confianza y respeto.

### EL ENCARGO MAS GRAVE

En octubre de 1945, se resquebrajaba, una vez más en nuestra historia, la débil y siempre bamboleante institucionalidad. Las pasiones vuelven a hervir y la nación pierde horas irreparables, en la pugna sectaria. Preparábamos el camino de la década sangrienta. Toca entonces a Ruiz Pineda, el encargo más grave entre los que recibieron los hombres de "Acción Democrática" que en la provincia asumían la responsabilidad del poder.

Regresa a su Estado natal como gobernante, en el momento mismo en que las pasiones políticas y los odios parroquiales se encienden al rojo vivo.

Ha sido el Táchira, y de manera singular a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX, tierra bravía en las luchas políticas. Pero ninguna administración regional en todo cuanto va de la historia, resistió más ataques de la pasión sectaria que los que hubo de soportar la de Leonardo Ruiz

Pineda. Cuando los años permitan una perspectiva más serena de aquellos episodios y se pueda examinar sin el calor de la ofuscación el drama de esos años, cobrará importancia la actitud del joven gobernante, que inició su travesía bajo el signo de la tempestad. No perder el juicio en una tierra como Venezuela, en donde el poder convierte en locos a los más cuerdos; saber sonreír cuando las furias se desatan y dialogar cuando la razón calla, son muestras de una excepcional condición humana.

### MINISTRO A SU HORA

En la mayoría de los países, el cargo de Ministro es la culminación de una carrera pública, la consagración nacional de quien por sus méritos, por su obra, por su influencia en una región o en un sector social, representa un efectivo aporte al fortalecimiento y al prestigio del Gobierno. Venezuela es la excepción. La mayoría de las veces, el país empieza a conocer el nombre de los elegidos cuando aparecen en la Gaceta Oficial, designados como titulares de algún Despacho. Son carreras en descenso, que comienzan en un Ministerio, para terminar en una oscuridad merecida. Leonardo Ruiz Pineda fue excepción a esta regla dolorosa.

Cuando llegó al Ministerio, tenía un nombre respaldado por una obra.

Y durante su breve gestión, el destino le deparó la oportunidad de mostrar a Venezuela, sus condiciones de orador magnífico y sus dotes de habilísimo parlamentario. En la Cámara se presentó una citación al titular de Comunica-

ciones. Y allí concurrió el Ministro Ruiz Pineda dispuesto a responder al interrogatorio y a defender en un plano trascendental la gestión de su partido en el poder. El debate constituyó un inolvidable espectáculo de la inteligencia. Respondió con maestría a los planteamientos enemigos, entabló diálogos, desarmó con preguntas cordiales a los airados interrogadores. El Parlamento tributó el homenaje de su aplauso al joven Ministro. Cuando descendió de la tribuna y marchó con su paso firme y menudo por entre las filas de los diputados, todos, amigos y enemigos, las barras y los legisladores tuvieron la íntima certeza de que por allí transitaba, hacia el futuro, un gran político venezolano.

### LA NOVELA DE UN JOVEN ANDINO

El 24 de noviembre de 1948, esperó en el Palacio de Miraflores a las tropas que lo hicieron prisionero. Dos días más tarde nos encontramos en la Cárcel Modelo. Me hizo la más divertida crónica de los episodios ocurridos en los primeros momentos de su prisión y un agudo e implacable análisis de las causas que determinaron aquella crisis. A su ojo zahorí no se escapaba ningún detalle del drama. "Y ahora, a esperar, trabajando", me dijo. Y allí escribió la historia de su infancia y los recuerdos de su adolescencia. La más interesante novela de la vida de un joven andino.

### LA HORA DE LA PRUEBA

Muy pronto habría de llegar para el político en prisión, su hora suprema: la de la prueba y el martirio. Al recobrar

su libertad inició una tarea que a muchos parecía imposible y que la mayoría miraba con escepticismo piadoso. La dictadura había logrado dismantelar los cuadros de su partido. Cada día aumentaba el número de los desterrados y crecía la interminable cadena de los prisioneros. Leonardo se propuso entonces movilizar, no sólo a su partido, sino a toda la nación contra el despotismo. Y su mente imaginó los más extraordinarios recursos, que luego su audacia puso en marcha. Ante la confusión de los incrédulos y frente al temor de los prudentes fue creando una maquinaria cada vez más perfecta, cada día más eficaz. El hombre se multiplicaba. Era jefe y servidor, periodista y corresponsal, economista y militar. A cada quien hablaba en su lenguaje y a todos convencía de la seriedad de su obra y de la bondad de sus intenciones. Pávidos hombres de negocios concurrían a la cita peligrosa y de regreso volvían con el rostro alegre y las palabras claras. Funcionarios civiles y jefes militares aceptaban sus invitaciones a discutir el doloroso problema nacional y ninguno se atrevió a denunciar sus pasos, ni su morada, impresores le entregaban sus talleres y abogados y médicos y comerciantes se convertían en mensajeros.

A una sala en donde se reúnen damas enemigas de su causa se presenta y habla de mil cosas, menos de política. Cuando se marcha, todas están de acuerdo en que han sido injustas al juzgar sin conocer a hombre tan ecuánime. Y ante la necesidad de juntar las voluntades venezolanas en su lucha sin tregua, busca a sus viejos adversarios e inicia sus entrevistas con la palabra juguetona que desar-

ma y con el reconocimiento expreso de que el pasado reciente estuvo presidido por la incomprensión y las pasiones. Borra la prevención del interlocutor, disipa dudas y el lenguaje llano y la sonrisa fácil hacen lo demás. Su escondite de perseguido tiene en ocasión apariencia de despacho presidencial. En la antesala esperan el obrero y el banquero, mientras en su despacho dialoga con un militar y muy cerca, esperando con paciencia la hora de la cita, velan en la esquina unos estudiantes. Tiene la virtud de darle importancia a todos y a cada uno de sus visitantes y de hacerlos sentirse parte esencial de su empresa. Y cada uno, al regresar de su entrevista, se considera definitivamente unido a quien le confió graves secretos de la gran tarea. Y tiene tiempo para querer a su mujer y jugar con sus hijos y para estudiar con ahínco problemas económicos y administrativos.

### LA INMENSA TELARAÑA

Con paciencia indígena, sutilmente, ha ido tejiendo una inmensa telaraña en la cual ha de caer la gran mosca de la tiranía. Y para detenerlo en su marcha inexorable el despotismo no encontró barrera distinta al arma homicida. Tres balazos disparados muy cerca del sitio en donde quince años antes, siendo casi un niño, con sus palabras había salvado de las turbas furiosas a la abandonada mujer de un gomecista. Su sangre derramada se desplegaba como una bandera. La bandera que tomaron en las manos las multitudes de enero. Su acusación y su mandato se convertían en la acusación y el mandato de un pueblo. La tiranía estaba condenada.

## UN HEROE Y UN CAMINO

Crimen tremendo, por inútil. Matar a Leonardo era transformar su carne temporal en bronce eterno. Matar a Leonardo era tan absurdo y tan inútil como asesinar la mañana, o disparar contra la luz del sol. Matar a Leonardo era tan necio como matar un pueblo. Porque Leonardo era el pueblo. Y el pueblo es eterno, invulnerable, avasallante. Leonardo asesinado es bandera y grito de victoria, y ejército innumerable. En la noche turbia de octubre, como en el rito supremo de la más sangrienta religión, los oscuros asesinos entregaron a la patria, transfigurado y definitivo, un héroe y un camino.

Este tiempo necesitaba su héroe, y lo tuvo en Leonardo. Poderoso en su debilidad de hombre inerme, armado de su fe conmovió oscuras y seculares potestades; entendió a su tierra y amó a Venezuela con pasión de enamorado y devoción de creyente; dominó todos los secretos de la lucha civil y predicó la necesidad de la disciplina y del estudio como instrumentos para dirigir a los pueblos desde el poder; practicó la convivencia y desechó la anécdota para buscar en las causas trascendentales, la explicación de nuestros males y las fórmulas para su remedio.

¿Cuál era su mandato? El está contenido en estas páginas escritas al calor de la pelea, sin tregua para el adorno retórico. De ellas surge un análisis sereno, profundo y certero de la vida venezolana. Apunta las causas de nuestros desastres institucionales, examina las razones de la escasa suerte de nuestras experiencias democráticas, revisa los

orígenes de nuestro atraso económico y de nuestra dependencia semicolonial. Se detiene en la tragedia rural del país y señala la necesidad de remover las causas determinantes del drama nacional. Declara que mientras ellas subsistan, las instituciones democráticas venezolanas tendrán bases muy débiles, y concluye invitando a toda Venezuela a organizar una empresa para el rescate de las libertades políticas y de los derechos económicos. Empresa para la cual ha de asegurarse el entendimiento permanente y la convivencia leal de todos los sectores que integran la nación.

### LA GARITA DE JUAN PABLO

Hace muchos años, Juan Pablo Peñaloza, preso, destrozado por la hemiplejía, octogenario, doblegado por los grillos, mirando la lejana garita del Castillo, decía a otro prisionero: "Andrés Eloy, si todos nos unimos llegaremos allá arriba". Y el poderoso inválido mostraba desde el foso, la alta garita del vigía que era el símbolo de cuanto secuestraba a Venezuela como dentro de una muralla china.

Muchos años más tarde, otro guerrillero de la libertad, capitán de la esperanza como aquél, Leonardo Ruiz Pineda, en trance de muerte dejó en su testamento el mismo consejo e igual mandato. En la noche tremenda de la recaída tiránica, abrió caminos y juntó voluntades para decirles, señalándoles, no la garita del Castillo, sino el lejano castillo de la libertad secuestrada: "Si todos nos unimos llegaremos allá arriba".

Del libro *Ventanas al Mundo*, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. N° 17, 1961.

## LEONARDO RUIZ PINEDA "GUERRILLERO DE LA LIBERTAD, CAPITAN DE LA ESPERANZA"

Hace tres lustros, quien es hoy el Jefe del Estado, y a quien acompañaba en las andanzas de una campaña electoral, me invitó a hablar en la plaza mayor de este pueblo sobre la vida y el sacrificio de Leonardo Ruiz Pineda.

Escribí entonces y leí una página de evocación, de interpretación y de homenaje. Recordé no sólo a quien había sido el gallardo y ejemplar jefe de la resistencia venezolana. Evoqué también al amigo de mi infancia, al adolescente amigo y discípulo de mi padre, a mi compañero de liceo y de universidad, a la figura excepcional de mi generación, de mi tierra y de mi afecto. Hablé de los días duros de la resistencia y de la persecución cuando para hacer un alto en la mortal lucha sin tregua volvía, memoria y emoción, a los recuerdos de su niñez. Conté la historia de su aparición en el liceo de la ciudad. Su entrada

triumfal, porque allí llegó, como llegaba quince años más tarde a las reuniones de la clandestinidad, infundiendo confianza, tendiendo el puente de su cordialidad a los desconocidos y convirtiendo a los conocidos en amigos. Era el imán indefinible que atrae y transforma al hombre en fuerza colectiva. Hice la crónica de su descubrimiento de Caracas, de la Caracas de las postrimerías gomecistas. Su integración, mucho antes de esta historia moderna de los partidos y de los caudillos civiles al grupo de escritores y poetas que forjaban la única resistencia posible contra la dictadura. El grupo que tenía su refugio en los bufetes de Jacinto Fombona Pachano y de Inocente Palacios, o en la humilde oficina de Luis Troconis Guerrero, el olvidado luchador ejemplar, o en la redacción de "Fantoques". Leonardo era el más joven, pero al recién llegado pronto le brindaron jerarquía de soldado en una lucha que por lo interminable ya parecía inútil. Relaté su historia de universitario, di cuenta de sus pasos de luchador en las filas de un partido, de sus actos como gobernante y de su hora de prueba y de martirio.

Regresábamos de un largo tiempo de silencio y crueldad. Volvían a desatarse las lenguas y en medio de la confusión y el alborozo de aquellos meses crepitantes de 1958 era útil recordar a los capitanes a quienes el destino les negó la hora de la victoria. Los que alzaron la voz en medio del silencio. Los que encendieron la fogata en la oscuridad. Los que tuvieron fe en medio de los descreídos. Los que se desvelaron en la vigilia cuando todos dormían. Todos ellos simbolizados en un nombre y en un sacrificio: en el nombre y el sacrificio de Leonardo.

Y dije entonces que su asesinato había sido un crimen tremendo, pero inútil. Porque matar a Leonardo era transformar su carne temporal en bronce eterno. Matar a Leonardo era tan absurdo y tan inútil como querer asesinar la mañana, o disparar contra la luz del sol. Matar a Leonardo era tan necio como pretender matar al pueblo. Porque Leonardo era el pueblo. Y el pueblo es eterno, invulnerable, avasallante. Leonardo asesinado era bandera y grito de victoria y ejército innumerable. En la noche turbia de octubre como en el rito supremo de la más sangrienta religión, los oscuros asesinos entregaron a la patria una bandera y un camino.

Cada drama tiene su héroe y el rito del sacrificio se repite como una exigencia implacable para obligar a los hombres a llamarse a cuentas. Como en los días de su asesinato no podía pronunciarse su nombre, para recordarlo evoqué las figuras de Antonio Paredes y de Francisco Laguado Jaime. Paredes fusilado en una barranca del Orinoco, en la madrugada de un día de 1907 y Laguado Jaime, tachirense, periodista y político como Leonardo Ruiz Pineda, tirado vivo a los tiburones en la bahía de La Habana, acusado del delito de luchar por la libertad. No obstante la distancia de los años que separan su presencia cívica en el escenario nacional, Paredes, Laguado Jaime y Ruiz Pineda están unidos por la misma voluntad, por la misma angustia, por la misma entrega de sus vidas en medio del combate.

José Agustín Catalá, que acompañó a Leonardo en los tres dramáticos años de su lucha, se ha empeñado

a lo largo de estos años de tranquilidad democrática en procurar que Venezuela no pierda la memoria de los tremedales y abismos que siempre han rodeado su camino histórico. Piensa acaso con Pío Gil que en nuestro país el poder político siempre es fugaz, pero la impunidad larga. Piensa además, que es pedagógico recordar a las nuevas generaciones venezolanas que han crecido en un clima de respeto a la dignidad y a los derechos humanos la existencia de otras realidades nuestras que de olvidarse pueden ser recurrentes. Y ha editado y reeditado libros que cuentan la cruel historia y organizado estas exposiciones iconográficas: la de Andrés Eloy Blanco en Caracas y la de Leonardo en su tierra nativa. Nada más distante de la intención fúnebre, o de la consagración mortuoria, que estos homenajes. No se trata de colocar un retrato en una de esas galerías de personajes que quisieran salirse de sus marcos en donde permanecen prisioneros, víctimas de la parálisis consagratoria. Estos retratos no tienen marco. Porque el héroe ha regresado para continuar su lucha. -

Es de vida y no de muerte la intención, el propósito, el objetivo. Son escenas de una vida de lucha, temas para la reflexión, motivos para las interrogaciones. Es el diálogo de Leonardo con los que llegan y el reencuentro con los que lo acompañaron y son sobrevivientes de la trágica jornada.

¿Qué puede agregarse a las páginas que sobre Leonardo han escrito Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt, Andrés Eloy Blanco, J. M. Siso Martínez, Domingo Alberto

Rangel, Pedro Beroes, José Vicente Abreu, Valmore Rodríguez, Carlos Andrés Pérez, Luis Beltrán Prieto, entre otros? Todos los aspectos de su vida han sido analizados: su noble valentía, su talento luminoso, la bondad sin sombras, la lealtad sin adjetivos.

Pero estas fotografías sí dicen lo que la más diestra palabra no puede expresar. Los matices que escapan al escritor, pero que adivina el pueblo o descubre el adolescente al mirar la escena que fijó el retrato. Se refleja siempre en su actitud la serena y alegre valentía de que hablara el novelista. A través de los años, nunca vi que Leonardo perdiera el equilibrio interior, pues siempre se mostraba dueño de la justa medida. No se ofuscaba, ni disminuía su estatura frente a la conveniencia o al interés. Aquí podrán aprender quienes no lo conocieron cómo era el político, el gobernante, el hombre de la leal amistad.

Para completar la historia gráfica del jefe de la resistencia venezolana sólo faltan unas escenas. Las fotografías que nos cuenten su vida de perseguido y de jefe, de organizador y fugitivo en los cuatro terribles e interminables años durante los cuales no reclamó ni obtuvo relevo.

Quienes estuvimos a su lado, quienes tuvimos su confianza sin defraudarlo, pudimos admirar sus virtudes. Cómo desafiaba el peligro, sin alardes, ni vacilaciones. El ánimo firme, la alegría contagiosa. La frase oportuna para el vacilante. El reclamo duro para el irresponsable. El mensaje al desconocido. El saludo cordial al amigo huidizo, perdido por el miedo. Y el tiempo para la confi-

dencia, para el recuerdo de los lejanos días del liceo. Y la ironía taladrante para disolver con el ácido de sus palabras las figuras solemnes de la perdida y lejana parroquia. Y el encargo perentorio del último libro, de la última revista. Y el deseo de dialogar con otros que no fueran de su tolda y que no fueran de su generación para completar el cuadro de la realidad. Y su empeño siempre audaz de conquistar adversarios aparentemente irreconciliables para sumar a la causa de la libertad a militares en función de guardianes del trono. Nada escapaba a su memoria, como tampoco nada escapaba a su imaginación. En cuatro años se había convertido en un gran jefe político con un claro concepto del cambio que los tiempos reclamaban. Liquidó los odios que cultivaron otras generaciones y los mitos que determinaron torceduras en el rumbo del país en etapas inmediatamente anteriores. Era el abanderado de la unidad para la lucha de la resistencia y para la empresa de construir una nación moderna. Ese fue el hombre, el de la alegre valentía que cayó asesinado una noche, en una calle de Caracas.

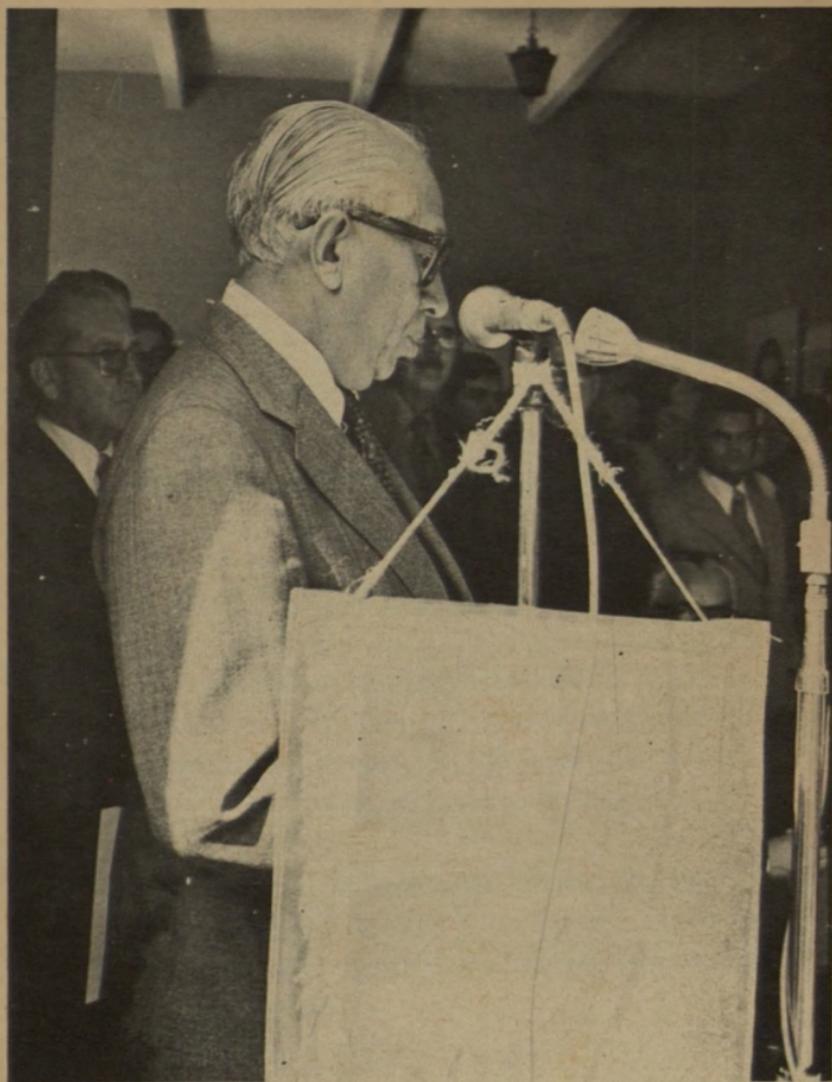
Cuando al hablar del asesinato de Leonardo dije en esta misma ciudad hace tres lustros que matar a Leonardo era transformar su carne temporal en bronce eterno, no dije estatua, dije eternidad.

Para que su vida fuera un símbolo, el destino lo consumió en la hoguera en la plenitud de sus años mozos. Leonardo dejó de ser un luchador aguerrido y polémico para convertirse en una bandera, en una voz de reclamo, en un camino, que son formas superiores de la lucha.

Pero ante todo, su vida y su mensaje deben constituir motivo de meditación. En tiempos de prosperidad material, de hipertrofia fiscal y de fáciles riquezas crece el valor dramático de estas vidas que se entregaron sin condiciones, que reclamaron justicia sincera y quisieron hacer de la democracia no la farsa al servicio de los de siempre, sino un auténtico instrumento de liberación para las mayorías desposeídas.

Que no se pierda el recuerdo de su obra, que no se pierda su imagen espiritual en medio del crecer tumultuoso de un país que debe tener memoria para recordar su dramática historia.

Discurso en la inauguración de la exposición iconográfica de Leonardo Ruiz Pineda, en San Cristóbal, el 8 de noviembre de 1974.



Ramón J. Velásquez en su discurso de inauguración de la Exposición Iconográfica de Leonardo / San Cristóbal, Estado Táchira, 8 de noviembre de 1974.

VENEZUELA BAJO EL SIGNO DEL TERROR

**LIBRO  
NEGRO  
1952**

JOSE AGUSTIN CATALA, EDITOR

DE LEONARDO RUIZ PINEDA AL EDITOR \*

Mi estimado Augusto:

Estoy esperando tus noticias sobre el  
paseño. - Manicio me hizo saber está  
definitivamente listo. -

En la actualidad tenemos el problema  
del Fomento de Jando que hemos de  
lanzar, con motivo de los últimos su-  
cesos. - Lo tratamos de acontecimientos ex-  
traordinarios, quisieramos emplear un gran  
esfuerzo para capitalizar a Jando la ac-  
tual situación. - Puedes, una vez más,  
hacer algo por nosotros? -

La situación sigue haciéndose más  
tensa y difícil para el régimen, en lo  
militar. - Pienso que prosigamos la crisis,  
y aún cuando no haya estallido en este  
momento ya está definitivamente a punto  
de matar. - Dile a Nans que espere sus no-  
ticias. -  
a 2/10 52

\* Augusto: José Agustín Catalá. Manicio: Simón Alberto Comandó. Ramos: Ramón J. Velázquez.  
Alfreda: Leonardo Ruiz Pineda. Subtitulado de la clandestinidad.

## A 30 AÑOS DEL LIBRO NEGRO Y DEL ASESINATO DE RUIZ PINEDA

El 2 de octubre de 1952 —19 días antes de su asesinato— LEONARDO RUIZ PINEDA dirigía este mensaje a JOSE AGUSTIN CATALA: “Mi estimado Augusto (1): Estoy esperando tus noticias sobre el poemario (2). Mauricio (3) me hizo saber que está definitivamente listo. En la actualidad tenemos el problema del documento de fondo que hemos de lanzar, con motivo de los últimos sucesos.

Por tratarse de acontecimientos extraordinarios, quisiéramos cumplir un gran esfuerzo para capitalizar a fondo la actual situación. ¿Puedes, una vez más, hacer algo por nosotros? La situación sigue haciéndose más tensa y difícil para el régimen, en lo militar. Pérez ha provocado la crisis, y aun cuando no haya estallido, en este momento ya está definitivamente echada la suerte.

Dile a Ramos (4) espero sus noticias. Afectísimo A. 2/10”.

1) José Agustín Catalá. 2) Libro Negro. 3) Simón Alberto Consalvi. 4) Ramón J. Velásquez.

He aquí la historia de este libro, escrita por José Vicente Abreu para el prólogo de las ediciones facsímil que se publicaron en 1974 y 1979:

## UN POEMARIO PARA LA SUBVERSION

Escrito por la propia mano de Alfredo (Leonardo Ruiz Pineda) el 2 de octubre de 1952 y enviado a Augusto (José Agustín Catalá) a través de Carmen Veitía, este mensaje se refiere al más extraordinario esfuerzo editorial cumplido por la Resistencia —en todos los tiempos— contra una dictadura. El "Poemario", era el nombre clave de este libro, que fue una coherente denuncia multidisciplinaria, realizada por un equipo colectivo —legal e ilegal— coordinado por Leonardo Ruiz Pineda desde la más estricta clandestinidad y editado en grueso volumen por José Agustín Catalá. Un libro mito, leyenda que se salía de la historia común de los libros. Un libro que se convirtió en personaje vivo de secreta y peligrosa andanza. Perseguido como sus autores —escritores, editor e impresores— debía moverse silenciosamente entre las sombras, sin dejar rastro, quizás con el corazón palpitante que le comunicaban los humanos. No solamente nace con sudónimo, sino que posteriormente, en plena vida debe cubrirse con disfraces, adoptar la carátula de cualquier otro libro inofensivo para burlar a sus perseguidores. Porque se le buscaba, se ofrecen crecidas sumas de recompensa por su captura, por una simple información de su paradero o la identidad de sus autores y editores. Era un libro prohibido integralmente. Ni siquiera podía verse a la luz del día. Para leerlo se tomaban precauciones nocturnas y luego se le volvía al escondite.

En cierto momento fue el alma de la Resistencia porque encarnaba el más elocuente desafío a la dictadura y a su poderosa policía política. Y como se había burlado el cerco de acero de los medios de impresión, estrechamente vigilados, chequeados, allanados con regularidad, parecía la obra de un brujo de las ediciones clandestinas. Libro de subversión para la dictadura porque contenía el testimonio irrefutable, el análisis despiadado y certero de un régimen en crisis permanente, sostenido por el crimen, por el miedo a los desbordamientos, por el reparto de un botín; porque contenía la denuncia de los campos de concentración y trabajos forzados, de los preparativos de la farsa electoral, de la censura a la libertad de pensamiento y expresión, de la inmoralidad administrativa, de las arremetidas contra la cultura, de la persecución del movimiento estudiantil y del movimiento obrero, y del desorden económico imperante. Y trascendía porque proponía a los venezolanos la realización de una revolución democrática garantizada por el sacrificio que demostraban aquellos que organizaban y dirigían la Resistencia como una vanguardia de poder.

Fue el libro de identificación de la Resistencia. Para los militantes de Acción Democrática —aun sin conocerlo— se convirtió en el libro del culto, el libro sagrado del martirologio, que no pedía ni daba cuartel. Porque la lucha era a muerte.

Comenzó a circular dos días después del mensaje de Ruiz Pineda al Editor, el 4 de octubre de 1952. (1). El colofón —unas líneas para despistar— dice que había sido impreso en México el 15 de setiembre del mismo año.

Cuando el Jefe de la Resistencia recibe de manos del Editor el primer ejemplar del libro, exclama: —“¡Qué no podemos hacer ahora!”. Cuando un ejemplar llega a manos del Dictador —según cuentan años más tarde sus allegados— éste estalla en cólera, improperios y denuestos y ordena “recogerlo a como dé lugar y presentarme a sus autores”.

Era difícil buscar el libro, aun con el retrato hablado y escrito que había en su cubierta. Pero los esbirros de la Seguridad Nacional tenían entre sus muchas órdenes esta singular boleta de captura. Once días después de iniciarse su circulación —el 16 de octubre— es detenido el Editor y enviado a la Cárcel Modelo de Caracas. Cinco días más tarde —el 21 de octubre de 1952— asesinan a Leonardo Ruiz Pineda en una calle de San Agustín del Sur. (2).

## UNA PROPOSICION AL DIABLO

La noción de la dictadura y su policía política sobre publicaciones ilegales, era elemental: una propaganda clandestina se hace en un taller de impresión clandestino. El criterio policial era que las imprentas clandestinas funcionaban en sótanos, cuartuchos desvencijados o malolientes agujeros clavados en la tierra. Y no andaban descaminados. Los revolucionarios, con precarios recursos o simplemente por seguir un esquema, instalan sus talleres en los sitios más sospechosos para la policía. Antes de la aparición de este libro, la Seguridad Nacional allanó, dismanteló o secuestró más de diez talleres de impresión clandestina en todo el país. Se jactaban de sus descubrimientos y se daban ínfulas de consumados rastreadores de la tinta de imprenta. Los talleres legales como la editorial de José Agustín Catalá (Avila

Gráfica) o semilegales como "Canaima", bajo la dirección de Nemesio Martínez, eran allanados sistemáticamente y permanecían sometidos a una rigurosa vigilancia.

El panorama editorial de la Resistencia poco antes de la salida de este libro era desolador. Parecía que había caído todo y ya se temía hasta la compra de papel porque se consideraba material estratégico sometido a control por la Seguridad Nacional. Aparentemente no quedaba nada y se estaba precisamente en el año de la farsa electoral, cuando más necesidad había de colocar las mejores palabras impresas en la calle.

En agosto de 1952, el capitán Juan Bautista Rojas, (3) oficial activo del ejército, con sede en Maturín, había sugerido al Editor la idea de recoger en un volumen las denuncias dispersas contra el régimen imperante. El capitán Rojas sabía que un libro con coherente expresión de testimonio influiría de una manera extraordinaria en el seno del ejército en cuyo nombre actuaba la dictadura.

Ya José Agustín Catalá había hecho posible la primera impresión tipográfica de RESISTENCIA, órgano clandestino del C.E.N. de Acción Democrática, con la participación de Octavio Lepage, Luis Troconis Guerrero, Raúl Acosta Avila, Carlos Sulbarán, Guido Acuña y Dilia Cisneros, en un pequeño taller instalado en una casa de la calle Los Totumos, Barriada de El Cementerio; con Ramón J. Velásquez había redactado e impreso TESTIMONIOS, otro órgano de combate de la clandestinidad que aparecía como expresión de los independientes, y entre otros muchos impresos clandestinos, un folleto de gran formato con la denuncia de la farsa

electoral montada por el régimen, reproducido en Barquisimeto para circulación en todo el país, cuyo texto se incluiría después en uno de los capítulos del libro.

La iniciativa del capitán Rojas fue comunicada por Ramón J. Velásquez a Leonardo Ruiz Pineda. El Jefe de la Resistencia acordó reunirse inmediatamente con el Editor para ultimar los detalles del proceso. Leonardo manifestaba un gran entusiasmo: —“Ahora más que nunca necesitamos este libro en la calle... será un detonante...”.

Después de esta reunión el material comenzó a prepararse. Intervenían personalmente el propio Leonardo, Alberto Carnevali y Jorge Dáger desde sus refugios clandestinos. En la calle José Agustín Catalá, Ramón J. Velásquez, Simón Alberto Consalvi, René Domínguez y Héctor Hurtado. Recoger datos, buscar testimonios frescos, indagar lo que se ocultaba bajo el oropel de la prensa diaria, desentrañar el malestar. Abarcarlo todo dentro de la más estricta veracidad. Los originales se manipulaban muchas veces entre correcciones y agregados, pero sin pérdida de tiempo. Había que empezar cuanto antes en los talleres. Y estos no eran otros que los de la Editorial AVILA GRAFICA, ubicados en Caracas, en una casa de Hoyo a Santa Rosalía N° 18-1. Una empresa constantemente allanada por la Seguridad Nacional, permanentemente vigilada, tan sospechosa de imprimir propaganda ilegal que Catalá era conducido sistemáticamente a la sede de la Seguridad Nacional en El Paraíso, para ser sometido a intensos interrogatorios.

En sus talleres los obreros comenzaron la peligrosa tarea. Debían apelar a toda su destreza en el oficio para no

demorar, no retardar el proceso. Era una lucha contra el tiempo. En la composición mecánica intervinieron los linotipistas César Maneiro, Narciso Palma, Fermín Boissiere y Carlos Sulbarán. Catalá corregía las pruebas y armaba el material en páginas de plomo. La mayor parte de la impresión la hizo un prensista italiano —recién llegado al país e ignorante del idioma— en horas de la noche, con todas las luces del taller encendidas y las ventanas de la casa abiertas hacia la calle. Rafael Pérez Sarría, Antonio Martínez y Manuel Matute, venezolanos, también intervinieron en el proceso de impresión. La policía vigilaba y muchas veces estacionaba sus vehículos frente a las ventanas del taller. Se asomaban, veían el movimiento natural de las prensas, el ajeteo del trabajo. Todo era natural, nada era sospechoso. Máquinas y ruidos de máquinas y el trajín de hombres en unas horas extras de empeño y compromiso. En la concepción policial de impreso clandestino no entraba ese intenso trabajo que se dejaba vigilar, oler y oír sin una nota discordante. Todo encajaba dentro de la actividad legal. No había nada del esquema de taller clandestino para impreso clandestino. Y el trabajo continuaba tranquilamente. La encuadernación fue procesada por Dilia Cisneros, Ernesto Rojas, Aura de Rojas, Alejandro Gil y Margot Cisneros. Juntar los cuadernillos, coser, pegar, refilar y el libro aparecía ya como personaje que se salía de las manos de sus autores y editores. El empaquetado y transporte de los ejemplares estuvo a cargo de Ernesto Rodríguez y Segundo Mendoza. Una labor colectiva de impresión que se selló con un pacto colectivo de secreto y silencio.

Pero mientras el equipo trabaja no dejan de ser alarmantes las noticias de la represión. Sin embargo, nada los perturba,

siguen el mismo ritmo sin desaliento. El asalto puede ser en cualquier momento, pero no hay tiempo para el miedo o el pánico. (4).

## LA AVENTURA DEL LIBRO

No sin frivolidad, del libro en general se ha dicho que es una aventura. Nadie como José Agustín Catalá ha vivido una aventura en cada libro que edita. Pareciera que los libros le comunicaran la magia, la locura de la realización del imposible, un abismo por donde cae y se levanta en un afán de comunicación, de multiplicación de la memoria de denuncias y protestas, de agravios y testimonios para que quede algo como dura lección soportada que debe recordarse siempre para que no vuelva. Pero este libro fue la más extraordinaria aventura vivida por su editor, como editor de las sombras. El 16 de octubre de 1952, doce días después de lanzar el libro a la calle, la Seguridad Nacional lo detiene, y apenas lo interroga sobre un impreso clandestino insignificante. Sale en libertad el 7 de noviembre de ese mismo año. Pero la maquinaria policial del régimen no descansa. Actúa a ciegas en las redadas y en los intensos interrogatorios. Allana talleres y comisiona expertos para el examen de matrices de linotipo y todo el sistema de impresión. Durante tres meses —entre el 15 de octubre de 1952 y el 15 de enero de 1953—, la Seguridad Nacional ha realizado la más minuciosa y brutal investigación sobre la procedencia editorial de este libro. No aparecen imprentas clandestinas. No hay indicios de instalación de nuevos talleres. Leen y releen el colofón del libro como si allí pudiera existir la clave, el hilo, la veta para llegar hasta los temerarios editores. El colofón dice: "Este libro se terminó de imprimir el día 15 de septiembre de 1952,

en los talleres de la Cooperativa de la Industria Gráfica Mexicana, para EDITORIAL CENTAURO, Apartado 2480, México, D.F. Previamente se había suministrado a los editores las pruebas necesarias para realizar ediciones similares en Cuba, Guatemala y Colombia”.

Poca cosa había allí, salvo la precisión de los datos y las truculentas ediciones anunciadas en otros países del continente. Y todo sirvió para mayor alarma por la dañina presencia del libro en el extranjero. La Seguridad Nacional envió sus agentes a México para averiguar si realmente existía la *Editorial Centauro*. Nadie sabía nada. Nadie informaba, la conclusión parecía definitiva: en México no existía la *Editorial Centauro*.

Todas las investigaciones fracasaban. Las experticias técnicas realizadas en los talleres de Avila Gráfica no arrojaban ningún indicio, nada nuevo: las fuentes de linotipo eran distintas a las usadas en los textos del libro. No había quedado un solo rastro. La SN no podía probar la participación de nadie en el asunto. Parecía un libro brotado de la tierra sin dejar huellas. Pero el Jefe de la Policía política del régimen mandó seguirle los pasos a José Agustín Catalá.

La nueva detención del Editor se produce el 15 de enero de 1953, a cien metros del apartamento donde tenía *enconchados* a Antonio Pinto Salinas y al Capitán Wilfrido Omaña, Edificio Avellino N° 5, Calle Barcelona, Urbanización Las Acacias. Sin embargo, todavía no lo interrogan. La SN quería acorralarlo y buscaba desesperadamente apoyo en delaciones. Fue el 5 de abril del mismo año, cuando lo trasladan de la Cárcel Modelo de Caracas a la Central de la Seguridad

Nacional en El Paraíso. Un traslado a las ocho de la noche, sospechoso, amenazante, por lo que los presos deducían que iba a suceder lo peor. Así se produce entonces el interrogatorio:

P.—¿Dónde están los archivos del doctor Ruiz Pineda que usted ocultó la noche de su muerte?

R.—¿Y es que ustedes ignoran que yo estaba preso esa noche?

P.—¿De cuántos ejemplares fue la edición del “Libro Negro”?

R.—Ignoro de qué se trata, no he visto ese libro.

P.—¿Es usted amigo o socio del doctor Velasco?

R.—No conozco a ningún doctor Velasco. (5).

P.—¿Sabe usted que el doctor Enrique Velutini le hizo al señor Estrada la confidencia de que usted era el editor?

R.—¿Podrían ustedes traer aquí al señor Velutini, para que repitiera eso?

P.—¡Esa vaina no! ¿Usted como que se imagina que estamos mintiendo? Además, aquí hay detenido un dirigente de Acción Democrática que dijo lo mismo, que usted era el editor.

R.—¿Y por qué no traen a ese dirigente, para que lo repita ante mí?

P.—¿Quién interroga, carajo, usted o nosotros?

R.—Ustedes preguntan, yo les respondo. Eso es todo.

El Bachiller Luis Rafael Castro, Jefe de la Sección Política, dio por terminado el interrogatorio y mandó que el detenido fuera reintegrado esa misma noche a la Cárcel Modelo. Al despedirlo le advirtió:

—“Medite en la conveniencia de decir lo que sepa sobre este asunto. El Coronel Pérez Jiménez nos ha ordenado cerrar el caso a como dé lugar. Usted es el único indiciado. Si se resuelve a decir algo me lo comunica a través del director de la Cárcel. Si no lo hace, ya sabe a lo que se expone. La próxima vez que lo traigan aquí no será para interrogarlo de la manera como lo acabamos de hacer. Piénselo. Piénselo. Una semana... Un mes...”.

El 18 de junio de 1953 comienza a cumplirse la amenaza del jefe de la Brigada Política de la S.N. En las primeras horas de la mañana el Editor fue trasladado de nuevo a la Central de El Paraíso. Esta vez no para un simple interrogatorio de tanteo, de prueba, como había ocurrido setenta días antes. Lo pasaron directamente a las cámaras de tortura para someterlo a un mismo “procedimiento”, en compañía de Fabián de León, viejo militante comunista y del chofer autobusero Crisanto Camacho. Era la hora de la tortura. Al decir de los torturadores, le iban a imprimir con sangre en su propio cuerpo, las denuncias del **LIBRO NEGRO**. En un

capítulo de otro libro, "Los Crímenes Impunes de la Dictadura", Fabián de León narra con escalofriantes detalles lo sucedido. El Editor se ha negado sistemáticamente a contarlo. Después de cuatro días en los infiernos del tormento, fueron tirados en los calabozos de la S.N. Horas más tarde Fabián de León fue retirado en estado agónico y dejado por muerto al borde de la carretera de Baruta. (6). En los calabozos se encontraban, entre otros, Víctor Araque Valecillos, Régulo Briceño, José Antonio Angulo, Hernán Contreras Marín, Germán Saltrón, Casimiro Estrada, Rafael Hurtado, Andrés Hernández Vásquez, Luis Ramón Alvis, Simón Alberto Consalvi, Rigoberto Henríquez Vera, Manuel Jiménez Castro, Manuel Eulogio Acosta, Eduardo Gómez Bolívar, Ulpiano Rodríguez Chuecos, Luis José García y Eugenio Rodríguez Villarroel.

Los que habían sido torturados estaban en cuarentena y recuperación. No cesaban las amenazas, las incursiones nocturnas para debilitar, quebrar la moral de los presos. En los últimos días de junio, en el momento de desalojar los calabozos —traslado a la Cárcel Modelo— con motivo de la llamada "Semana de la Patria", sólo quedan allí el Editor y el Teniente Gustavo Carnevali, "hasta que se recuperen totalmente".

En los primeros días de agosto es trasladado de nuevo a la Cárcel Modelo de Caracas y un mes después, en la bodega de proa del vapor "Guayana", a la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar. La ficha encontrada años más tarde en los archivos de la Seguridad Nacional dice: Catalá Delgado, José Agustín. 15-1-53. Adeco. Venezolano. Editor. Detenido en esta ciudad y traído del edificio "Las Acacias", primer piso, apartamento

1, donde según informes que reposan en esta Oficina, efectuaba reuniones todas las noches con elementos de filiación adeca. En su declaración desmiente los hechos formulados en su contra. Registra varias detenciones anteriores para averiguación de carácter político. Trasladado a la Cárcel Nueva de Ciudad Bolívar el 7-9-53. Fue clasificado a cumplir tres (3) años de arresto. Cumple el 15-1-56 y luego expulsión del país”.

Pero todo lo anterior contado así, resulta una fría y escueta crónica que deja al margen lo trágico, lo dramático de unos acontecimientos siempre manchados de sangre, de dolor, de miseria, de angustia, de miedo, donde unos hombres se sobreponen y se levantan con una idea fija de la dignidad como condición humana. Decir tortura y dolor, hablar en una crónica de quedarse solo y desnudo ante el torturador, después de tantos años de padecimientos consecuenciales, apenas es una débil reseña que pierde la fuerza de lo trágico, el vigor de unas heridas que ya son secas cicatrices. Y hay más, pareciera que hoy la sensibilidad para estas cosas se ha debilitado de tanto hacer del martirologio una credencial, una tarjeta de presentación, una escala para los merecimientos. Pero queremos llamar la atención sobre estas páginas para que en ellas se vea lo que no debe olvidarse nunca, so pena de caer de nuevo insensiblemente en las mismas prácticas.

## **LOS HEREDEROS DEL LIBRO NEGRO**

Algunas cosas las contamos ya en el prólogo de “GUASINA, donde el río perdió las 7 estrellas”. En Ciudad Bolívar, de regreso de Guasina, nos encontramos con José Agustín

Catalá. Preso, seguía como editor. En las noches, terribles noches acechantes de esta cárcel de terror, editaba en centenares de hojas la producción de los secuestrados, en una letra mínima, de hormiga, en lo que una vez llamamos las ediciones del diablo. Es lo único que se conserva como testimonio escrito en ese tiempo. Pero para él no había terminado el LIBRO NEGRO. Aquello era el comienzo. Mientras existiera dictadura o amenaza dictatorial no terminaría la denuncia y el testimonio. Hoy, muchos libros pueden ser sus parientes y en primer lugar, "SE LLAMABA S.N." (7) por lo menos como continuidad de una labor editorial. Después vienen muchos más como memoria de un pueblo que no debe olvidar jamás el precio de ciertos disfrutes, de alguna tranquilidad, de un proceso democrático. (8)

No podemos concluir sin dejar de decir que hoy se hace esta edición facsímil del LIBRO NEGRO —ahora con el sello legal de Ediciones Centauro, por el mismo José Agustín Catalá—, 22 años después de aquella primera edición perseguida, emparedada (9) o destruida, muchas veces por sus propios lectores, para deshacerse de un peligroso documento. Sabemos que la juventud necesita a veces emparentarse con una vieja historia. Tan recientemente vieja que ya nadie la recuerda, salvo los herederos. Esos herederos que están marcados con hierro de tortura y prisión, con lutos de desaparecidos, en unos padecimientos que sólo terminan con la muerte.

Caracas, mayo de 1974.

*José Vicente Abreu*

## NOTAS

- (1) En esta fecha fue detenido por la policía política, sometido a violentas torturas y por último asesinado, el dirigente de Acción Democrática Castor Nieves Ríos. Su cadáver fue sepultado sigilosamente por sus verdugos en sitio desconocido. La Dirección de Seguridad Nacional hizo publicar en el diario "La Esfera" de Caracas, N° 9.158, fecha 7 de octubre, la información siguiente: *"Un terrorista muerto a balazos en intento de agresión armada.— Cuando lo trasladaban al sitio donde dijo tener armamentos escondidos, arrebató el revólver a un oficial de S.N. y fue muerto en la intentona.— Al anoecer del día sábado 4 del corriente mes se produjo un incidente en el cual resultó muerto José Bohórquez o C. Nieves Ríos, uno de los cabecillas que han tratado de perturbar el orden público y que había tomado parte activa en los hechos terroristas que debían culminar en los atentados del 12 de octubre del pasado año, habiendo evadido hasta el presente la acción de las autoridades. En la mañana del sábado fue detenido en esta ciudad, capitaneando una banda de ocho sujetos más, que también fueron detenidos. Al ser interrogado manifestó, entre otras cosas, poseer armas, las cuales ocultaba en un lugar cercano a esta ciudad y convino en conducir a las autoridades hasta el sitio en que las tenía. Mientras se dirigían al lugar señalado por él, sorpresivamente arrebató el arma a un agente, disparándola, aunque sin lograr su objeto. Los oficiales de Seguridad, en defensa propia, se vieron precisados a hacer uso de sus armas, ocasionándole dos heridas como consecuencia de las cuales falleció mientras era conducido al Puesto de Emergencia. Se procedió a abrir las averiguaciones pertinentes, quedando detenidos los integrantes de la Comisión de Seguridad. El asunto pasó a los tribunales competentes"*.
- (2) **HA MUERTO UN HEROE NACIONAL.** En el más horrendo crimen político nacional que registra la historia de nuestro país, fue segada alevosamente la preciosa vida del compañero doctor LEONARDO RUIZ PINEDA, uno de los más generosos y capaces conductores de la resistencia civil comandada por nuestro Partido. No recuerda la historia nacional un solo caso de crimen cometido con tan feroz ensañamiento y más baja cobardía, en que un opositor político civil

haya sido acribillado en plena calle por agentes super-armados del gobierno. A un solo hombre, que no usó nunca otra arma que sus ideales y su vibrante pluma, su oratoria electrizante y su acerada fe en los destinos de su pueblo, una oscura pandilla de agentes de la Seguridad, armados hasta con fusil-ametrallador, le dio caza sorpresiva y alevosa, y lo acribilló de modo instantáneo, sin que la rápida granizada de disparos le hubiera dado el menor tiempo para defenderse.

Para nuestro Partido y para el pueblo, para todos los que seguimos creyendo en la libertad del hombre, en el honor y la dignidad humanas, para todos los que tenemos empeñados nuestros nombres en la lucha por la restauración de la dignidad nacional, el cobarde asesinato del compañero doctor LEONARDO RUIZ PINEDA nos une en inmenso dolor, en el altivo dolor de quienes nos vemos retados en forma tan villana, y no habremos de detenernos ni retroceder hasta que el país se vea librado del oprobio y de la ignominia con que el autócrata Pérez Jiménez tiene salvajemente pisoteada la nación.

El doctor RUIZ PINEDA sabía que el encono y la impotencia política del régimen opresor había echado sobre su cabeza una implacable sentencia de muerte, y esto no lo detuvo un solo día para cumplir su noble designio de combatiente popular por la libertad, con singular abnegación y escalofriante riesgo de su vida.

El compañero doctor LEONARDO RUIZ PINEDA, ha ganado la enhiesta cumbre de los héroes nacionales. Y como héroe nacional su nombre ha pasado a tutelar la ya interminable fila de vidas humanas que el pueblo ha ofrendado en la batalla por su liberación. El fulgurante ejemplo de su vida heroica nos señala un solo camino: **COMBATIR HASTA TRIUNFAR.**

La conciencia revolucionaria de nuestras filas estremecidas de dolor y de indignación por tan infame agravio criminal, nos impulsa a declarar, en forma serena e imperturbable, con la tranquila serenidad de las grandes decisiones de un pueblo, nuestra rotunda decisión de continuar combatiendo implacablemente a la tiranía sanguinaria y opresora. Todos los días, ahora mismo, hoy, mañana y cada vez que

sea necesario, saldremos al encuentro de la barbarie envalentonada por el exclusivo respaldo de las armas, hasta verla derribada hecha pedazos por las poderosas manos del pueblo.

Por tí LEONARDO RUIZ PINEDA, tu austero nombre de ejemplar ciudadano; por tí ALFREDO, tu preclaro nombre de combatiente clandestino, juramos serena y resueltamente que no desmayaremos en ningún momento hasta lograr el ideal revolucionario de liberación de nuestro pueblo, por el cual rendiste tu vida en forma noble y gloriosa. — Caracas, 21 de octubre de 1952. COMITE EJECUTIVO NACIONAL DE ACCION DEMOCRATICA. COMITES EJECUTIVOS SECCIONALES EN TODA LA REPUBLICA. ORGANISMOS DE BASE NACIONALES.

- (3) El Capitán Juan Bautista Rojas murió en el levantamiento militar ocurrido en la madrugada del 1º de octubre de 1952, en Maturín, Estado Monagas. A su lado también murieron el Distinguido Martín González y el Soldado Ramón Alvins. Resultaron heridos el doctor Jorge Yibirin, el Teniente Manuel Molina Martínez, el distinguido Julio Castellanos, los Sargentos Técnicos Rafael Avendaño y Oscar Enrique Prieto, el Cabo Segundo José Luis Rivas y los Soldados Eliseo Galindo, Cruz Manuel Hernández, Víctor Manuel Rodríguez, Diego Antonio Reyes, Antonio Meléndez, Francisco Hernández y Manuel Colmenares, según comunicado oficial. Se produjeron centenares de detenciones y el aparato de tortura funcionó incesantemente.
- (4) Entre el 24 y el 28 de setiembre de 1952 se producen en Caracas y Maracay numerosas detenciones por presunta participación en una conspiración cívico-militar. Entre otros son detenidos: Armando García Castillo, doctor Francisco Soto Rosa, doctor Luis La Corte, doctor Benito Raúl Lozada, Gerónimo, Enrique y Hermes Boza Müller, Guillermo Boza González, Juan Gómez Cisneros, Santiago Ordaz, Luis Felipe Pérez Flores, doctor Eduardo Arcila Faria, Godofredo Torres Neda, doctor Domingo Bozo Colventer, José Roa Lanza, doctor José Luis Peñalver, doctor Carlos Ismayel, Plinio Gamboa, Miguel Gallo, Enrique Medina Méndez, Andrés Tobías Freites Marquina, José Victorino Montilla Carreyó, Ramón Fleming y doctora RenéHartmann.

En esos mismos días también fueron detenidos en Caracas y en el Oriente de la República, por diferentes sospechas y delaciones: Angel Fariñas Salgado, Antonio Strocchia, doctor Roger Godoy, Elio Montesinos, Antonio Roldán, Hernán Monasterios, Eustaquio Giménez Salas, Rafael Caraballo, Víctor Manuel Tachú, Cruz Alejandro Villegas, los hermanos Ortiz, doctor Ramiro Ríos Sarmiento, doctor Roque Potenza, doctor Guido Berti Márquez (ex-funcionario del régimen), doctor Narciso López Rizo, Antonio Leiba Santana, doctor Angel J. Márquez, Gerónimo Betancourt, doctor Juan Tobias, doctor Natalio Tobias, doctor Felipe Valerio, doctor José Luis Blanco, doctor Fermín Ortiz Córdova, doctor Luis Salazar Domínguez, José Francisco Bolívar, Angel Ignacio Cedeño, José de Jesús Rodríguez, Rafael Estaba y Mauricio Rojas.

A uno de los primeros detenidos de estas redadas de Caracas, Armando García Castillo, lo interrogan sobre la procedencia de un ejemplar del Manifiesto del Partido Acción Democrática al electorado y sobre un supuesto movimiento conspirativo. Admitió que había obtenido el manifiesto durante la celebración de un mitin del Partido COPEI, donde había sido repartido profusamente por brigadas de A.D. Según los interrogadores de S.N., García Castillo había entregado este impreso y la confidencia de la conspiración al doctor Luis Teófilo Núñez Arismendi, el día anterior. Fue torturado para que revelara sus contactos con AD. El hecho de la profusión de impresos en el mitin podía traer como consecuencia un allanamiento a las imprentas sospechosas. En cualquier momento podrían llegar a Avila Gráfica. La policía podía llegar pero el trabajo continuaba.

Horas después fue detenido Gerónimo Boza Müller, portando correspondencia secreta del doctor Alberto Carnevali, de la cual no pudo deshacerse por haber sido esposado inmediatamente. También fueron golpeados y planeados durante este proceso el doctor Luis La Corte, el doctor Francisco Soto Rosa, el doctor Eduardo Arcila Faria y José Victorino Montilla. El tercero sometido a las más crueles torturas —testimonio escrito en sus espaldas, aún tatuadas por el hierro de la peñilla— fue el comerciante Godofredo Torres Neda. Del grupo detenido en Maracay fueron torturados con igual violencia el doctor Ramiro Ríos Sarmiento y el Profesor Gerónimo Betancourt.

A Ramo Verde Estado Miranda, donde se construía un edificio para Escuela de la Guardia Nacional, fueron trasladados todos, incluyendo al entonces Capitán Jesús Ovidio Martínez, el único militar detenido por la misma acusación. Allí la tortura se limitó a baños fríos en horas de madrugada, aplicación de esposas y golpes de peinilla. Angel Fariñas Salgado se encuentra entre los detenidos que recibieron ese primer castigo. La vigilancia estuvo a cargo de la SN, bajo la jefatura de un agente de apellido Peña. Las condiciones físicas de los torturados pudieron conocerlas de cerca el Capitán Enrique de Jesús Molina, el Teniente Meza y el Sub-Teniente Lozano. El traslado de los secuestradores a la Cárcel Modelo la efectuó una comisión de la Guardia Nacional al mando del Teniente Angel J. Meléndez.

La mayor parte de estos detenidos fue puesta en libertad dos y tres meses después, a excepción del doctor Luis La Corte, quien permaneció algún tiempo más en el Cárcel Modelo de Caracas, y de los doctores Ramiro Ríos Sarmiento y René Hartmann, posteriormente expulsados del país. Armando García Castillo, Gerónimo Boza Müller, Godofredo Torres Neda, Luis Felipe Pérez Flores y Angel Ignacio Cedeño fueron trasladados a la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar en el mes de setiembre de 1953.

- (5) Se referían al Dr. Ramón J. Velásquez, detenido el 9 de febrero y trasladado a la Seguridad Nacional junto con Ernesto Rodríguez, conductor del vehículo en que se desplazaba. Llevaba en su poder los originales de la segunda parte del libro y pudo deshacerse de ellos gracias a la serenidad de su acompañante, quien los tiró debajo del automóvil al estacionarse frente a la Central de la S.N. en el Paraíso. Libertado entonces, fue detenido pocos días después y enviado a la Cárcel Modelo de Caracas.
- (6) Diario "El Nacional" N° 3.530, 25 de junio de 1953, página 57, titulares a tres columnas: "En estado agónico encontraron un empleado del Banco Obrero en las inmediaciones de la carretera de Baruta". El texto comenzaba así: "En estado agónico fue encontrado ayer a las 4 y 30 de la tarde, en la carretera de Baruta, el señor Fabián de León, caraqueño de 54 años, empleado del Banco Obrero. A Fabián de León le encontró tendido en la orilla de la carretera un oficial de Seguridad nacional, de

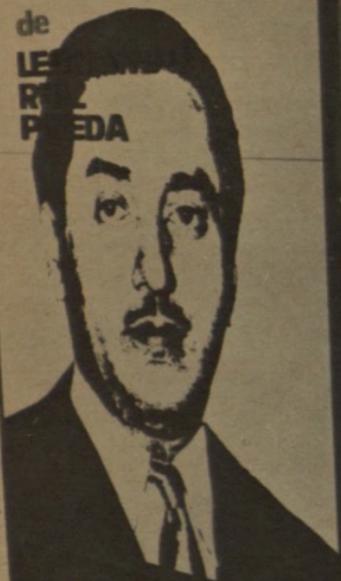
la brigada contra homicidios, quien procedió a trasladarlo al Puesto de Socorro de Salas, donde quedó hospitalizado en estado muy grave. La policía no ha logrado establecer las causas de las heridas sufridas por de León ni la identificación de los agresores. El oficial de Seguridad Nacional que encontró al herido informó en el Puesto de Socorro que lo había encontrado inconsciente, sangrando por las heridas del rostro, cuello, tórax, y de otras contusiones generalizadas. Fabián de León es empleado del Banco Obrero, y está domiciliado en la calle Olivares N° 4, Los Magallanes, Catia. Los médicos que le atendieron informaron la gravedad del herido y la brigada contra homicidios abrió las averiguaciones correspondientes”.

- (7) De este libro se han hecho nueve ediciones en Venezuela, una en Cuba, una en la Unión Soviética, una en Bulgaria y una en Alemania. “Un relato sencillo, directo, sin pretenciosas complicaciones técnicas, pero escrito con rigor y honestidad, atento a todas las implicaciones que encierran los hechos mismos que se narran, nos ha dado una de las grandes obras sobre el período de la dictadura perezjimenista...”, según el escritor Guillermo Sucre. Otro escritor venezolano, Carlos Díaz Sosa, escribió: “En 1958 apareció en Francia una obra titulada “La Tortura”, de Henri Alleg, un periodista argelino que había logrado escaparse de la cárcel donde lo tenían encerrado por ser parte activa en la lucha por la liberación de su Patria. La obra circuló en la clandestinidad, con un prólogo de Jean Paul Sartre, y provocó un violento escándalo en todo el mundo... Hasta ese momento, yo creía que era la más violenta denuncia, conocida por mí, contra un sistema de acorralar al hombre, de humillar al hombre, de quebrantar su fe revolucionaria. De esa obra de Alleg subrayé el relato escrito con sangre sobre varias torturas, y me llenó de horror el pasaje que se refiere a los cables eléctricos conectados a los testículos. Ahora me encuentro con las cuartillas escritas por José Vicente Abreu, y no tengo la menor duda cuando creo que este relato es superior al de Henri Alleg. Tan alto en el uno como en el otro estuvo la moral. Más brutales fueron éstos, mayor el coraje del escritor y poeta. Aquí también conocían los procedimientos de la tortura con electricidad... No es un elogio, es simplemente una verdad: la obra de Abreu es superior a la de Henri Alleg; por eso doblemente me ha impresionado. Lei este libro por partes, aun cuando quise terminarlo en el primer

intento. Pero yo sentía miedo, angustia, vergüenza por lo que allí se cuenta... Esta es la literatura que esperábamos apareciera después del 23 de enero de 1958. El testimonio vivo y sufrido por los poetas y escritores que en mala hora fueron a las cárceles por defender la libertad. Esta es la literatura que reclama el pueblo, para vengarse de la afrenta, y para prevenir". José Vicente Rangel apunta: "Pocas obras han tenido en nuestro país la trascendencia y el impacto de la de José Vicente Abreu. Su experiencia novelada, o mejor, su relato-testimonio de la cruel experiencia que le tocara vivir en la época de la dictadura, es quizá el más dramático y desgarrador documento político producido en Venezuela, sólo comparable a las páginas de Pocaterra".

- (8) *Documentos para la Historia de la Resistencia; Los Crímenes Impunes de la Dictadura* (segunda edición, publicada originalmente con el título de *La Denuncia*. Guasima, donde el río perdió las siete estrellas (2 ediciones). *Proceso a un ex-dictador* (Tomos I y II con la acusación del Fiscal y la Sentencia de la Corte Suprema de Justicia contra Pérez Jiménez); *Leonardo Ruiz Pineda, guerrillero de la libertad* (2 ediciones); *Poesía de la Resistencia*; *Wilfrido Omaña y León Droz Blanco, crímenes de la dictadura*; *Pérez Jiménez o el Arte de Enriquecerse en el Poder*; *Pérez Jiménez, la autoelección de un déspota*; *Vallenilla Lanz y Llovera Páez, Sentencias de la Comisión Investigadora contra el Enriquecimiento Ilícito*; *Los días olvidados por Pérez Jiménez y sus seguidores*.
- (9) Carmen Veitia Albornoz, Santos Gómez y J. J. Alvarez, lograron salvar un centenar de ejemplares al sepultarlos entre paredes de la casa de Rosario Rivero de Rosa, en la Calle del Medio, Prado de María, Caracas.

exposicion  
iconografica  
de  
LEONARDO  
ROSA  
PIEDA







Impreso en los Talleres Gráficos de  
AVILA ARTE (AVILARTE)  
en el mes de octubre de 1982  
Caracas/Venezuela

